

Los artistas del hambre
Narraciones de la bohemia madrileña

Prólogo de Fernando Iwasaki

Mauricio Bacarisse • Ernesto Bark
Armando Buscarini
Emilio Carrère • Joaquín Dicenta
Dorio de Gádex • Silverio Lanza
Enrique Pérez de Escrich
Pedro Luis de Gálvez
Alejandro Sawa • Eduardo Zamacois



LIBROS DE BALLENA

EDICIÓN

Carolina De Andrea, Karishma Chugani, Cristina Domenech, Aurora González Molina, Diego Medina Poveda, Antonio Molina Marcilla, Lorena Sánchez Gómez

DISEÑO Y COMPOSICIÓN

Desirée Rubio De Marzo

© DE «EL ARTE DE PASAR HAMBRE»: Armando Buscarini, 1910-2011

Edición de referencia en *El rufián. Teatro, narrativa y memorias*, Logroño, Editorial Buscarí, 2009; edición de Rubén y Diego Marín A.; prólogo de Luis Antonio de Villena.

© DE «LA CHICA DEL TAPICERO»: Pedro Luis de Gálvez, 1910-2011

Edición de referencia en *Tres novelas breves de 1910*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 1996.

© DE «AVENTURAS DE ÁMBER, EL LUCHADOR»: Emilio Carrère, 1910-2011

Edición de referencia en *El reino de la calderilla*, Madrid, Valdemar, 2006.

© DE «SILUETAS DE LA BOHEMIA»: Eduardo Zamacois, 1936-2011.

© DE «LA FLOR DE LA CANALLA»: Fernando Iwasaki, 2011

© DE LAS ILUSTRACIONES: Karishma Chugani, 2011

© DE LA EDICIÓN: Libros de la Ballena, 2011

Máster de Edición UAM-Versus: Taller de Libros

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid

Campus de Cantoblanco

Einstein, 1 - 28049 Madrid

ISBN: 978-84-8344-198-5

Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

Impreso en España

Índice

<i>La flor de la canalla</i> , Fernando Iwasaki	ix
Los artistas del hambre	
Artículos. Las tertulias del café	3
Siluetas de la bohemia, <i>Eduardo Zamacois</i>	5
Floro Moro Godo, <i>Enrique Pérez de Escrich</i>	17
La santa bohemia, <i>Ernesto Bark</i>	21
Los bohemios, <i>Joaquín Dicenta</i>	35
Narraciones. La bohemia itinerante	41
Aventuras de Ámber, el Luchador, <i>Emilio Carrère</i>	43
El timo del inglés, <i>Silverio Lanza</i>	89
El arte de pasar hambre, <i>Armando Buscarini</i>	97
La chica del tapicero, <i>Pedro Luis de Gálvez</i>	115
¡Peste de vida!, <i>Silverio Lanza</i>	159
Consummatum est, <i>Alejandro Sawa</i>	165
Los terribles amores de Agliberto y Celedonia, <i>Mauricio Bacarisse</i>	171
Lolita Acuña (Memorias de Antonio Maturana), <i>Dorio de Gádex</i>	203
Nuestra edición	213

La flor de la canalla

Fernando Iwasaki

Diez años después de la edición del último gran catastro de las desahuciadas figuras de la bohemia madrileña¹, aquellas desarrapadas criaturas que durante sus insomnios líricos pululaban por los cafés, las tertulias y las redacciones, regresan encuadradas dentro de *Los artistas del hambre*, un título que le hace justicia a la urgencia de garbanzos entre los poetas del arroyo.

Los bohemios eran de sobra conocidos por los estudiosos de la obra de Federico Carlos Sáinz de Robles² y los lectores de Valle y Gómez de la Serna, por no hablar de los aficionados a los diarios y memorias como *Un hombre que se va* (1964), de Eduardo Zamacois, y *Mi medio siglo se confiesa a medias* (1951), de César González Ruano. Sin embargo, la edición de los tres volúmenes de *La novela de un literato* (1982-1995) de Rafael Cansinos Asséns marcó un antes y un después en

¹ Juan Manuel de Prada, *Desgarrados y excéntricos*, Barcelona, Seix Barral, 2001.

² Federico Carlos Sáinz de Robles, *La novela corta española: promoción de «El Cuento Semanal»* (1901-1920), Madrid, Aguilar, 1952.

el conocimiento de la bohemia, nunca más golfa, mugrosa y estrafalaria que en los diarios de Cansinos. Sin duda, *La novela de un literato* es la crónica suprema de la épica de la poetambre.

Gracias a los diarios de Cansinos Asséns, ciertas editoriales como Trieste y Renacimiento rescataron títulos descatalogados y algunos narradores españoles como Andrés Trapiello, Felipe Benítez Reyes o Luis Antonio de Villena escribieron sobre los bohemios y prologaron las reediciones de sus obras. No obstante, nadie contribuyó más que Juan Manuel de Prada a la rehabilitación literaria de la bohemia, pues su extraordinario cuento «Gálvez»³ propició el rescate de la poesía de Pedro Luis de Gálvez⁴ y sirvió de preámbulo a la aparición de *Las máscaras del héroe* (1996)⁵, una fastuosa novela coral donde el poetastro malagueño y su cochambrosa corte de milagros regresaban de la alta madrugada del siglo xx para sablear, discutir y madrigalizar.

Nada volvió a ser igual con respecto a la bohemia madrileña, pues el impacto editorial y literario de *Las máscaras del héroe* se tradujo en reediciones de autores preteridos como Armando Buscarini⁶, infinidad de novelas y relatos que siguieron

³ Publicado por primera vez en Juan Manuel de Prada, *El silencio del patinador*, Madrid, Valdemar, 1995.

⁴ Pedro Luis de Gálvez, *Negro y Azul*, Granada, Comares, 1996 (Colección La Veleta).

⁵ Juan Manuel de Prada, *Las máscaras del héroe*, Madrid, Valdemar, 1996.

⁶ Armando Buscarini, *Cancionero del arroyo*, Logroño, Biblioteca Riojana, 1996; *Mis memorias*, Logroño, AMG Editor, 1996; *Epístolas Líricas*, Logroño, Editorial Buscarini, 2007, y *El Rufián: teatro, narrativa y memorias*, Logroño, Editorial Buscarini, 2009.

la estela de Prada⁷, colecciones enteras dedicadas a la bohemia⁸ y un agradecido rescate de autores rocamboleros, como el que emprendió Luis Antonio de Villena al dedicarle un libro al poeta Álvaro Retana, quien concluida la Guerra Civil fue juzgado por un tribunal acusado de celebrar misas negras y de beber el semen de los niños en los Vasos Sagrados. Su descargo merece pasar a los anales de la literatura galante: «No, señor juez, yo no hice eso, yo no lo bebía en los Vasos Sagrados. Lo bebía directamente»⁹. Alvarito Retana se salvó de la acusación de sacrilegio, pero acabó en la cárcel por depravado.

En *La novela de un literato* Cansinos Asséns cuenta cómo Retana firmaba *Claudina Regnier* o cómo se defendió de las

⁷ Me apresuro a señalar que en aquel inventario no hay que incluir otra extraordinaria novela ambientada en la misma época, porque me consta que fue escrita mucho antes que *Las máscaras del héroe*. Me refiero a la novela de Antonio Orejudo *Fabulosas narraciones por historias* (Madrid, Lengua de Trapo, 1996).

⁸ Pienso en la «Biblioteca de la Bohemia» de Celeste Ediciones, cuyos cinco primeros títulos fueron los siguientes: José Esteban y Anthony Zahareas, *Los proletarios del arte* (1998); Allen W. Philips, *En torno a la bohemia madrileña, 1890-1925* (1999); Ernesto Bark, *La Santa Bohemia* (1999); Víctor Fuentes, *Poesía bohemia española* (1999), y Remigio Vega Armentero, *¿Loco o delincuente? Novela social contemporánea (1890)* (2001).

⁹ Luis Antonio de Villena, *El ángel de la frivolidad y su máscara oscura (vida, literatura y tiempo de Alvaro Retana)*, Valencia, Pre-Textos, 1999, pág. 94. Autotitulado «el novelista más guapo del mundo», Alvarito Retana —poeta, dibujante, letrista de cuplés y novelista galante— fue una de las figuras más entrañables y simpáticas de la bohemia madrileña. Villena repasa sus obras, sus delirios y sus quimeras para ofrecernos una biografía risueña y rocambolera, tal vez como el propio Retana.

acusaciones de pornografía cuando publicó *El tonto* (1925), pero deja caer también que era objeto de crueles burlas por su condición de homosexual. A Retana no le hacían mella tales chanzas, pues había publicado novelas de tema homosexual como *Las locas de postín* (1919) y *El vicio color de rosa* (1920), amén de un tratado de crítica frívola —*La ola verde* (1930)— donde calificó la narrativa erótica de Cansinos como «mariconada de una aristocrática estilización». Amigo de Buscarini, Hoyos y Vinent y Artemio Precioso («gran sacerdote de la pornografía»), Retana vivió su vida de una manera muy bien definida por Villena: «retanescaamente». A fines de la década del cuarenta salió de prisión Álvaro Retana, y publicó una *Historia del arte frívolo* (1964) y una *Historia de la canción española* (1967), antes de morir apuñalado por un chapero. Maestro del género ínfimo, pornógrafo y calavera, Álvaro Retana merecía el desagravio y la complicidad de Luis Antonio de Villena.

La presente edición recoge narraciones de diversos protagonistas de las noches madrileñas y valoro muchísimo su ambición por rescatar las voces originales de los propios protagonistas. Así, releendo aquellos artículos acerca de la bohemia y obras de los bohemios sobre la vida de la bohemia uno se pregunta: ¿son coherentes?, ¿se complementan unos a otros? De ninguna manera, porque el discurso de la bohemia española no tenía nada que ver con la vida de la bohemia. Por eso Joaquín Dicenta —«el verdadero *leader* de la bohemia española», según Ernesto Bark— proclamaba rotundo:

La muerte de Champfleury, el escritor culto, el ilustre bohemio francés, el compañero inseparable de Enrique Murger, ha traído a mi memoria la imagen de los bohemios españoles,

mejor dicho de algunos individuos que se llaman bohemios en España, dándoselas de genios desconocidos, sin comprender que no pasan de ser unos infelices con el pelo muy largo y los pantalones muy cortos, a quienes yo respeto y estimo, no por su talento, por su inocencia paradisiaca y su vanidad infantil.

Han leído los tales sujetos en libros y periódicos que el artista es un ser excepcional, caprichoso, extravagante y alocado; que, mal avenido con los respetables, gasta alegremente la vida sin dársele un comino del porvenir; han escuchado en los cafés, en los círculos, que en todas partes, que muchos hombres de inteligencia poderosa, de facultades extraordinarias, de genio exuberante, sufrieron antes de llegar a la meta de sus ambiciones el hambre, la miseria, el desdén y el olvido; y, fundándose en lo que se dice de estos, creen aquellos que el toque de la bohemia está en pasearse por calles y plazas con la cara sucia, la camisa rota y mugrienta, las uñas largas y los dedos de los pies asomando como cabezas de galápagos por el caparazón deslustrado de unas botas vírgenes de tacón y no muy abundantes en suela.

Como se puede apreciar, lo último que hubiera deseado Dicenta era que lo confundieran con Dorio de Gádex, Armando Buscarini o Pedro Luis de Gálvez, entre otros bohemios conjurados en esta antología, pues Dicenta distinguía entre la «bohemia inteligente» —«la bohemia de Champfleury, de Musset, de Lamartine, de Zola, de Byron, de Larra, de Espronceda, de Ayalá»— y «la bohemia del tahúr del mendigo y del miserable».

No andaban muy lejos Eduardo Zamacois, quejoso de que en España se confundiera al artista bohemio «con el vagabundo y con el perdulario» y sobre todo Enrique Gómez Carrillo, que bebía de los exclusivos ajenos de la genuina bohemia de

París y que abominaba de la chabacanería española, como se puede comprobar leyendo «En plena bohemia» y «La miseria de Madrid», dos de los tres volúmenes de sus memorias reunidos por primera vez en *Treinta años de mi vida*¹⁰.

Por el contrario, textos como «Aventuras de Ámber, el luchador», de Emilio Carrere, «La chica del tapicero», de Pedro Luis de Gálvez, o «El arte de pasar hambre», de Armando Buscarini, pintan de cuerpo entero los ambientes zarrapastrosos en los que se movían los bohemios, siempre urgidos de inspiración y desinfectante. Ahí está el caso del poeta sevillano Rafael Lasso de la Vega, famoso por sus sablazos a los poetas señoritos de América Latina y por el hambre canina que lo llevó a comerse con patatas al perro de la pintora Bettina Jacometti, suceso versificado para los tiempos venideros por el poeta Francisco Vighi:

*Pobre perro de Bettina
que se lo ha comido Lasso
un día que andaba escaso
de acuñación argentina*¹¹.

Los artistas del hambre tiene el mérito enorme de retomar el interés por una época y unos autores que dieron mucho de

¹⁰ Enrique Gómez Carrillo, *Treinta años de mi vida*, prólogo de José Luis García Martín, Sevilla, Renacimiento, 2011.

¹¹ «Bettina Jacometti era una pintora loca que vivió en Madrid algunos años. Al marcharse para un pequeño viaje le dejó su estudio a Lasso con la única condición de que cuidara del perrito. Lasso parece que desde el primer día fue vendiendo los muebles y que en uno de mayor apuro, mató al perro, lo asó y se lo comió con patatas», en César González Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, prólogo de Manuel Alcántara, Madrid, Tebas, 1979, pág. 97.

sí a críticos, editores y novelistas. Los jóvenes graduados del Máster de Edición de la Universidad Autónoma de Madrid han seleccionado a bohemios de ambas facciones —la civil y la criminal—, por lo cual han tenido que optar solamente por autores españoles, criterio que explica la ausencia o la mirada de autores hispanoamericanos como el peruano Felipe Sassone, el venezolano Rufino Blanco Fombona o el chileno Joaquín Edwards Bello, para quienes no había ninguna diferencia entre «bohemios inteligentes» y «bohemios de la miseria», o entre Joaquín Dicenta y Armando Buscarini, para ser más precisos. ¿Qué cara habrían puesto Joaquín Dicenta, Eduardo Zamacois, Emilio Carrere o Silverio Lanza si alguien les hubiera dicho que la vida y obra de Pedro Luis de Gálvez sobreviviría mejor que las de cualquiera de ellos?

El poeta Abelardo Linares ha contado más de una vez cómo Borges, ya en los últimos años de su vida, todavía recitaba de memoria sonetos de Pedro Luis de Gálvez¹². Quizá fueron la flor de la canalla, mas el aroma de su literatura es el que ha permanecido a pesar de los años.

¹² Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España, 1907-1936*, Madrid, Alianza, 1999, pág. 267.

